



José Martí

Semblanza de un genio

Por: Alfonso M. Escudero

(Tomado del Prólogo de: José Martí - Páginas Escogidas - 1953 - Buenos Aires)

(SEXTA DE 8 PARTES)

Su imaginación de poeta era torrencial, inagotable a cada momento brincaba el tropo, culebreaba el simil, se abría, como una flor, la metáfora. Era el suyo un estilo peculiar sobrecargado de color y de luz. Tenía salidas inesperadas; imprevistas torceduras del concepto; bruscos arrebatos de la dicción; sorprendentes hallazgos del neologismo. Su verborragia era desconcertante y fascinadora. Había viajado y visto mucha vida, y, para traer a la charla cualquier pertinente episodio, recorría, aligeró y palmo a palmo, la prodigiosa comarca de su memoria. Amaba infinitamente la belleza y poseía el don magno de saber analizarla y comprenderla.

No escribía íntegramente sus discursos y arengas. (Los de Tampa y Cayo Hueso fueron recogidos por taquigrafos).

Siempre habló de lo que sabía; más todavía, de lo que se había hecho carne y espíritu suyo.

Todo lo hacia de un modo sorprendente.

En Dos Ríos, momentos antes de morir, dirigió la palabra a sus mambises. Muchos no lo entendieron, pero lo escucharon embelesados, y todos hubieran querido morir por él.

Cerramos el párrafo con palabras de Iduarte, en su *Marti escritor* (segunda edición):

"Es, ante todo, un poeta, un orador poeta, mucho más que un orador lógico y que un orador parlamentario; convence, entusiasma, seduce, encanta, enajena; es orador de lucha: para la plaza pública y para el pueblo; es orador de sentimiento: hará llorar; la fe de los creyentes está con él, y la temura de la mujer y del niño; su imaginación vasia, viva y arrebatada y su energía para sostener lo que piensa, le dan elocuencia y palabra florida".

"La dulzura del poeta... iba acompañada de las cargas de caballería con la espada flamígera en alto -sus largos párrafos- y del machete tupido e innumerable de sus sentencias bíblicas".

"Marti fue un gran orador, aunque el polo opuesto del orador profesional. Martí no cultivó nunca la oratoria como embeleso literario, ni vanidiosamente se solazó con ella: la utilizó para altos fines, que es cosa bien distinta... Redime el gran instrumento envilecido por el charlatán común".

Sus cartas y diarios

Escribió muchas cartas. Las hay políticas, literarias, íntimas.

Y no las escribió para contarse, sino para aconsejar, alentar, consolar, y, a veces, desahogarse.

Son el medio expresivo en que mejor se trasluce su espíritu. Pero no limitemos su valor a ese de informarnos de su alma.

Unamuno recordaba:

"Lo que me lo reveló un hombre, todo un hombre, y un maravilloso escritor, fueron sobre todo sus cartas".

Entre las últimas sobresalen las escritas a Carmita Miyares de Mantilla, y a su hija María.

Y a propósito de las Mantilla, en ellas también pensaba Martí al escribir sus Diarios, que no son sino prolongación de sus cartas.

El crítico literario

Alaba más que ataca; pero no procede así por cálculo, sino porque le sale más fácilmente la alabanza. Es fácil demostrar perspicacia haciendo ver las

fallas de los demás. Pero a Martí tal tarea le es antipática. Prefiere elogiar, y casi siempre se excede en el elogio.

Abulta los méritos, borda arabescos innecesarios.

Tiene de la crítica un concepto plácido:

"Por este mundo hay que andar con la espada en una mano y el bálsamo en la otra".

Pero ¡cuántos, fuera de Martí, podrían escribir como él Sobre los oficios de la alabanza?

El autor teatral

El teatro le interesó durante toda la vida.

Dejó varios bocetos, proyectos, núcleos de dramas.

Y entre los que alcanzó a escribir, recordemos:

Abdala, poema dramático en verso. (Habana, enero de 1869);

Adúltera (Madrid, 1872-74), drama moralizador en prosa, del que, con saber que era echagarayesco, no hace falta agregar que era hinchado; y

Amor con amor se paga (Méjico, 1875), dramita en un acto y en verso, y, sobre todo, de éxito.

La narración imaginativa

Fuera del cuento infantil, no le interesaba el género novela.

Escribió, en nombre de una amiga, una novela: *Amistad funesta*; y adoptó de otros idiomas varios cuentos para niños.

El traductor

Fuera de algunas versiones y adaptaciones insertas en *La Edad de Oruro* (1889) y de otras muchas probables, mencionemos las siguientes:

Mis hijos, por Víctor Hugo (*Revista Universal*, México, 1875);

Antigüedades griegas y Antigüedades romanas, por J.M. Mahay, Appleton, Nueva York, 1883;

Misterio, por M.H. Conway, Appleton, Nueva York 1886;

Noctones de lógica, por W.S. Jevons, Appleton, Nueva York, 1886;

Ramona, por Helen Hunt Jackson, Nueva York, 1888;

John Halifax, caballero, por Dinah Maria Craik (1888?);

Lalla Rookh, por Thomas Moore;

La rima, soneto, por Augusto de Armas (*Ahora*, La Habana, 17-X-1934);

El lejedor, por Enrique Heine (*Ahora*, La Habana, 27-I-1935).

El poeta

Marti es, atendida la cantidad, un escritor en prosa. Y atendida la calidad, su obra de orador, ensayista, comentarista de la actualidad y epistológrafo también es superior a su obra en verso.

Y es que, como dice Hernández-Catá, "Marti vivió poéticamente su prosa y la escribió tan fulgida y vibrante, que es casi toda cántico, y, en ocasiones, hasta casi verso".

Por eso, sin distinguir entre poeta en prosa y poeta en verso, se puede afirmar que Martí es fundamentalmente poeta.

Y por lo que toca al verso, puso en él sus mayores

entusiasmos; y tanto apreciaba «el sagrado ejercicio» que, siendo por la cantidad, y con frecuencia también por la calidad, un escritor en prosa, no publicó en prosa una sola obra orgánica, representativa, y en cambio cuidó personalmente la edición de dos obras poéticas, y dejó ordenada, lista para la imprenta, otra.

Para él los poetas eran «estos jóvenes eternos», «estos sentidores exaltables, reveladores y vedores, hijos de la paz y padres de ella», «estos creyentes fogosos, hambrientos de ternura, devoradores de amor, mal hechos a los pies y a los terruños, henchidos de recuerdos de nubes y de alas, buscadores de sus alas rotas, pobres poetas». (Prólogo al Poema del Niágara, de J.A. Pérez Bonalde).

«El poeta, maestro de gracia y naturalidad, de intimidad honda, de encantadoras puerilidades, de exquisitos hallazgos expresivos».

Fuera de los dos volúmenes que publicó en vida (*Ismaelillo*, 1882; y *Versos sencillos*, 1891) y del que dejó listo para la imprenta (*Versos libres*), escribió otros versos, entre los cuales los Insertos en *La Edad de Oro* (1889). Pero aquí me referiré especialmente a los tres volúmenes ya nombrados.

De los tres, el que, a pesar de haberlo ordenado su autor personalmente, apareció póstumo (*Versos libres*, 1913), fué escrito primero: entre 1878 y 1882, y corresponde a la época más perturbadora de su vida.

En el prólogo se lee:

«Estos son mis versos. Son como son. A nadie los pedí prestados... Ninguno me ha salido recalentado, artificioso, de la mente; sino como las lágrimas salen de los ojos y la sangre sale a borbotones de la herida».

Hay en ellos un impetu, un fuego, un resplandor hebraico-español, agudizado por el incendio del trópico y por circunstancias de la vida del poeta.

Ángel Augier ha hecho notar la audacia renovadora de algunos de estos endecasílabos hirsutos:

En la mano fatal la flor del sueño...

Aves de plata, estrellas voladoras...

El cielo, el cielo, con sus ojos de oro...

Una tranquila claridad de boda...

¿Y aquellaImagen?

en las nubes

los astros locos arrajaban llamas.

Unamuno calificaba el verso martiano de esta colección como «el más libre, el más suelto, el más variado y proteco que hay en nuestra lengua».

Y Jorge Mañach escribió:

«Cuando aún prevalecía en España y en sus colonias literarias el feticheismo de la preceptiva neoclásica, Martí rompió metros y ritmos para hacer de su verso como «crín hirsuta». Cuando aun no prosperaban sino los residuos del patetismo romántico, o la fría plástica de las Academias, él desencadenaba las voces más profundas y convocabía al lenguaje sus concreciones más energéticas...»

La poesía no era para él forma ni actitud, sino cosas y vida.

(Continuará)

